

estaban distribuidos entre la capital, Guadalajara, Tlaxcala, Jalapa, Guanajuato, Queretaro, Cuernavaca, Puebla, Córdoba, Orizaba y otros puntos de poquísima importancia.

Claramente se comprende de esta esposición, de los medios con que contaba cada partido, y de los puntos que ocupaban, que la lucha debía durar mucho tiempo, sin que pudiera predecirse su resultado, por la poca superioridad que tenia uno de los partidos sobre su contrario.

Zuloaga, conociendo las dificultades que ofrecia la situacion, trataba de entablar amistosas relaciones con las potencias europeas, para dar á su gobierno mayor fuerza moral y condiciones de estabilidad, pero las mismas circunstancias en que se encontraba, hacian sus proyectos de una difícil realizacion.

la presidencia del general O'Donnell. Conociendo que una expedicion contra Méjico, podia darle la posibilidad necesaria para asentar solidamente su poder, trató de apoyarse en las creencias que dominaban con respecto á la república mejicana, tratando de excitar en lo posible el sentimiento de una necesaria reparacion en todos los ánimos, recordando con este objeto las máximas **XIV.** Vicente y Cuernavaca. Los distintos ministeriales, hacian presente que ningun gobierno habia despedido la energía necesaria para establecer relaciones normales con los mejicanos, sin para vencer las injurias que en algunas épocas se habian inferido á Europa, en sus para asegurar la suerte futura de nuestros países.

Tratado Mon-Almonte.

España era, de las potencias europeas, la que mayores motivos podia tener de descontento con el gobierno mejicano, tanto por la suspension del pago de los intereses de los créditos españoles, cuanto por las lamentables escenas de San Vicente y Cuernavaca, que habian quedado en su mayor parte impunes. Pero las condiciones en que se encontraba el gobierno español, hacia que las reclamaciones no pudiesen ser tan eficaces como exigian los insultos inferidos y los perjuicios causados á los españoles residentes en Méjico. Por otra parte, la opinion sobre los asuntos de Méjico estaba algun tanto falseada, y la ignorancia aumentaba los motivos que teníamos para un rompimiento con la república mejicana.

A la serie de gobiernos efimeros que sucedieron

ALFONSO

al de Narvaez, siguió el llamado union liberal, bajo la presidencia del general O'Donnell. Conociendo que una expedicion contra Méjico, podia darle la popularidad necesaria para asentar sólidamente su poder, trató de apoyarse en las creencias que dominaban con respecto á la república mejicana, tratando de escitar en lo posible el sentimiento de una necesaria reparacion en todos los ánimos, recordando con este objeto las matanzas de San Vicente y Cuernavaca. Los diarios ministeriales, hacian presente que ningun gobierno habia desplegado la energía necesaria para establecer relaciones normales con los mejicanos, ni para vengar las injurias que en distintas épocas se habian inferido á la Europa, ni aun para asegurar la suerte futura de nuestros nacionales en tan lejanos países.

El gobierno mejicano de Zuloaga, habia autorizado á su ministro plenipotenciario Almonte, cerca del gobierno inglés, para terminar por una via pacífica las diferencias pendientes, ofreciendo perseguir eficazmente á los autores de las matanzas de Cuernavaca; pero se suponía que el gobierno mejicano no desplegaba toda la actividad que debía de desear, para darnos en este punto cumplida satisfacción. No tenia nada de estraña esta conducta de Zuloaga, si se considera su difícil posición, y la imposibilidad moral en que se encontraba, para lanzarse á serias pesquisas sobre aquellos hechos, pues podia muy bien enagenarse muchos partidarios, y aun provocar una sublevacion popular en los pun-

tos que ocupaba, por el rencor que el pueblo manifestaba hácia los españoles. Sin embargo, á pesar de todo, envió una lista de las ejecuciones que se habian verificado en las personas de los verdaderos culpables de Cuernavaca y San Vicente; pero el gobierno, al parecer, estaba demasiado resuelto á la guerra y los preparativos continuaban á pesar de todo.

La consecuencia política no ha sido la virtud predominante en el gobierno de la union, por lo cual, cuando todo el mundo creía inevitable una invasion contra Méjico, cuando se habia hecho lo posible por escitar todos los ánimos en este sentido, presentando la guerra como una cuestion de honra nacional y de patriotismo, cuando en el Senado se tocó esta cuestion, predominando su espíritu visiblemente hostil en el gobierno, en aquella misma época, la cuestion tomó un rumbo distinto, y los temores de la guerra fueron decreciendo por momentos.

Así las cosas, nuestro embajador cerca del gobierno francés se dirigió á Paris, con las instrucciones necesarias, para ponerse de acuerdo con el plenipotenciario de Méjico, Almonte, para terminar las diferencias con aquella república, y establecer un tratado de comercio y amistad entre ambas naciones.

Para poder comprender la oportunidad de tales negociaciones, y la garantía que podia presentar para el porvenir, es necesario que tengamos en

cuenta el estado de anarquía y disolución en que se encontraba la república mejicana, presa de distintas banderías, con dos gobiernos distintos, que ambos se disputaban los títulos de legitimidad. ¿No era esto esponerse visiblemente á lo que despues sucedió? ¿Podía nadie asegurar la existencia del gobierno reaccionario por mucho tiempo, y no era aventurado tratar con una de las partes contendientes, cuando la otra habia de tomar estas negociaciones como un insulto que se le dirigia, y anularlas, tan pronto como se encontrase en posicion de poderlo hacer? Un gobierno no debe mirar la idea que otro representa para tratar con él; pero debe considerar si está constituido legalmente, si no tiene una oposicion fuerte y armada, que pueda hacer en lo futuro ilusorias las transacciones; pues creemos que cuando un país está sumido en una guerra civil, cuyo resultado es incierto, es en gran manera opuesta toda negociacion con una de las partes, pues envuelve un fondo de parcialidad que puede causar futuros perjuicios.

El gobierno español nó quiso tener presente estas circunstancias, diríase que trataba de valerse de la crítica situacion en que se encontraban los reaccionarios, para sacar de las negociaciones mayores ventajas. No faltaba en esta ocasion quien se mostrase ardiente partidario de una intervencion armada, con el objeto de robustecer el partido de Zuloaga, arrebatár á Juarez la plaza de Veracruz, su principal medio de resistencia, obteniendo como premio de tal concurso un ventajoso tratado.

La parcialidad de semejantes miras resalta á primera vista á los ojos de todos. ¿No era esto violar escandalosamente, no solo los principios fundamentales del derecho de gentes, sino tambien faltar abiertamente á la justicia, y todo, con el objeto de imponer un gobierno acaso exótico á un país, arrebatándole violentamente la autonomia que habia gozado por espacio de medio siglo? Diríase, y es verdad, que habia hecho mal uso de su independencia, que no pudo conseguir una Constitucion sólida y estable, que la anarquía se cebaba con deplorable frecuencia en aquel país; ¿pero hay acaso ninguna nacion que haya alcanzado un estado de prosperidad y bienandanza, sin experimentar bruscos sacudimientos y repetidas revoluciones? ¿Nuestra historia contemporánea está tan exenta de revueltas intestinas, de mezquinos motines, de sublevaciones militares, que pudiésemos juzgar con tanta severidad la historia de Méjico, cuando la nuestra no puede justificarse?

Y aun prescindiendo por un momento de la justicia que pudiera asistirnos para intervenir en aquellas comarcas, ¿podríamos acaso hacerlo sin peligro? Los estados vecinos, ¿verían con indiferencia que España tomaba parte en las discordias intestinas de un país, poniéndose de parte de una de las parcialidades contendientes, dando margen para que se sospechase que llevábamos un interés bastardo en esta intervencion?

Si á nosotros se nos habian inferido insultos de

bastante gravedad, para que se justificase una invasion, ¿no debíamos esperar, para entablar las debidas reclamaciones, á una época oportuna, para evitar que los gastos fueran estériles y los sacrificios inútiles? En vez de tratar con uno de los partidos, precisamente en los momentos en que la guerra civil se desencadenaba con mayor fuerza, era menester establecer relaciones con la nacion, so pena de exponerse á que un partido, en el momento del triunfo rompiese los lazos anudados por su contrario.

Sin embargo, el gobierno O'Donnell, por medio de su representante en la corte de las Tullerías, habia comenzado las negociaciones con Almonte, que para ese efecto se habia trasladado desde Inglaterra á París; pero estos trabajos diplomáticos se dilataron mucho, pues el gobierno español tardó bastante tiempo en abandonar sus ideas de intervencion, y por otra parte, las oscilaciones á que estaba sujeto el gobierno de Zuloaga, dificultaban tambien la marcha de las operaciones.

Entretanto, Juarez continuaba defendiéndose en Veracruz, y aunque sus tropas sufrieron algunos reveses parciales, siempre conseguia rehacer el espíritu de sus parciales arbitrando medios para sostenerse. Al mismo tiempo, reclamaba la ayuda del gobierno de Washington, y este, aunque mantenía un representante en la capital, no rechazaba el entablar relaciones con los radicales. Fácilmente puede comprenderse el objeto de los Estados Unidos, que en poco mas de cuarenta años habian conseguido ab-

sorberse la mitad del territorio mejicano, unas veces apoyando el espíritu de federacion de algunas provincias, otras por medio de arbitrarias limitaciones de territorio, y otras, en fin, valiéndose de ciertos apuros de los gobiernos, que con objeto de prolongar por algun tiempo mas su precaria existencia, no dudaban en sacrificar la patria al extranjero.

La situacion, sin embargo, iba haciéndose insostenible para Zuloaga. La guerra civil daba demasiada importancia é independencia á los generales reaccionarios, y algunos de ellos, que solo habian empuñado las armas con miras de logro personal, manifestaban claramente un espíritu de independencia amenazador.

Sin embargo, las negociaciones continuaban en París para llegar á un arreglo definitivo, y el resultado de ellas fué el tratado conocido con el nombre de Mon-Almonte, diversamente juzgado por el público, pero que envolvía en sí mismo el vicio capital de apoyarse tan solo en una de las diversas parcialidades, que se dividian simultáneamente la direccion de los negocios públicos.

Esta circunstancia que encerraba el tratado Mon-Almonte, no debia tardar mucho tiempo en hacerse sentir, como lo demostraron los hechos subsiguientes. Almonte, á consecuencia del feliz éxito de sus operaciones, vino á Madrid, y fué reconocido como ministro plenipotenciario de Méjico, de suerte que el gobierno O'Donnell se encontró li-

gado estrechamente con el partido reaccionario, y en abierta oposicion con los radicales.

Antes de señalar las consecuencias de esta estraña política, debemos hacer notar cuál era el curso que séguia la lucha en Méjico, lucha que habia adquirido un carácter crónico.

La situación, sin embargo, iba haciéndose in-

soportable para Zuloaga. La guerra civil daba demasiada importancia é independencia á los generales reaccionarios, y algunos de ellos, que solo habían emprendido las armas con miras de logro personal, manifestaban claramente un espíritu de independencia amenazador.

Sin embargo, las negociaciones continuaban en París para llegar á un arreglo definitivo, y el tratado de ellas fue el tratado conocido con el nombre de Mon-Almonte, diversamente juzgado por el público, pero que envolvía en sí mismo el vicio capital de apoyarse tan solo en una de las diversas parcialidades, que se dividían simultáneamente la dirección de los negocios públicos.

Esta circunstancia que enervaba el tratado Mon-Almonte, no debía tardar mucho tiempo en hacerse sentir, como lo demostraron los hechos subsiguientes. Almonte, á consecuencia del éxito de sus operaciones, vino á Madrid, y fué reconocido como ministro plenipotenciario de Méjico. De suerte que el gobierno O'Donnell se encontró li-

llegado ya á uno de los grados supremos de la militicia, y su ambicion no se contentaba con solo tener un cargo en su nuevo puesto, sino también con los que le pertenecian en su antiguo cargo. Sin embargo, sin embargo, en su nuevo puesto, no solo tenía que luchar con los radicales, sino también con los partidarios del general Miramon.

Miramón.

Mientras tanto que estas negociaciones se seguían en Europa, las cosas habian variado bastante allende el Atlántico. La guerra entre radicales y reaccionarios continuaba sin tregua ni descanso, y si bien unos y otros tenían que lamentar descabros, no eran estos decisivos, de suerte que el derramamiento de sangre no producía resultado alguno definitivo.

Entre los generales que apoyaban el gobierno de Zuloaga, se encontraba Miramon, que mandaba una division, y cuyo crédito iba creciendo á medida que decrecia el prestigio del presidente. Sin embargo, cuando Zuloaga se vió en la necesidad de abandonar el poder, no fué Miramon el que le sucedió, sino Osollos; pero á la muerte de este, aca-

CRISTINA ALFONSIÑA